



ARTE MEXICANO VIVO



Ángel Santos
"León Coronado"
Barro brufido

Esta publicación es una invitación a detenerse y mirar. Reúne a ocho artistas, ocho oficios y ocho formas de habitar el mundo que la velocidad de estos días suele pasar por alto.

Cada página que sigue es una puerta: detrás de ella hay un taller, unas manos, una memoria que se niega a dejar de dialogar. Barro que recuerda su origen, metal que se vuelve canto, papel que perdura, madera que guarda su voz, vidrio que no oculta nada, textil que entrelaza paciencia.

Quienes aquí aparecen buscan nombrar el presente con lo que crean. No para conservarlo intacto, sino para que siga sucediendo. Porque el arte popular no se guarda: se ofrece como un territorio donde la mirada de quien contempla completa el sentido de las piezas. Que estas páginas sean para ti eso: un encuentro. Un lugar donde la tradición no se explica, se siente.



Prólogo

Hay un instante en que la herencia deja de ser un eco para volverse voz propia. Ese instante sucede en el presente.

El arte popular mexicano ha sido contemplado durante mucho tiempo desde lejos: como objeto de estudio, testimonio del pasado, expresión de un "otro" que parecía detenido en el tiempo. Pero los ocho artistas que aquí reunimos han decidido habitarlo desde dentro.

Cada uno ha tomado un oficio y lo ha llevado a un lugar donde la tradición conversa con el hoy, donde la técnica se vuelve lenguaje, donde la autoría no es una concesión sino un acto de entereza. Sus manos no ejecutan: reflexionan y mantienen conversaciones con los materiales. Sus creaciones son un punto de partida, son un idioma que aprenden a decir con acento propio.

Lo que los hermana no es un estilo, sino una convicción: que el arte popular es también contemporáneo, y que la herencia, cuando se nombra con voz propia, no se desvanece en el pasado, sino que se vuelve presente. Tienes en tus manos un mapa para navegar esa constelación. Si al cerrarlo sientes que has conocido a alguien, no solo una técnica, sino a una persona con historia y una manera personal y profunda de habitar el mundo, entonces habremos cumplido.



Bienvenido a este viaje.
Bienvenido al arte que sigue vivo.

Ángel Santos
"Jarrón Tzopanli"

Barro bruñido con aplicación de calaveras

Técnicas: la ética del hacer

La técnica, en el arte popular, es mucho más que un medio para llegar a un fin. Es una relación. La mano que aprende a ceder ante el material, que descubre los límites y las posibilidades de la arcilla, el vidrio, la madera, el metal o el papel, practica una forma de humildad: la de quien sabe que el mundo no se impone, se escucha. Esa inteligencia práctica se transmite en el gesto repetido, en el error asumido y en la paciencia de quien entiende que el oficio no se acelera.

Cada material exige una atención y escucha distinta. El barro que guarda la memoria de su recorrido se deja guiar para volverse permanencia en el fuego, el vidrio hace visible la paciencia no oculta el error y lo vuelve transparencia, la made-

ra revela sus vetas despertando la voz que dormía en ella, el papel que aprende a sostener convirtiendo la fragilidad en presencia, el metal atraviesa fuego para dejar de ser resistencia y volverse brillo y latido. Todos plantean una ética del hacer que la producción industrial no recapacita.

La técnica, así entendida, no separa al creador de su obra: los une en un diálogo que se renueva en cada pieza. Es un antídoto contra la urgencia contemporánea. Nos recuerda que hay cosas que solo el tiempo y la atención pueden producir, y que la verdadera maestría no consiste solo en transformar con lo que se tiene entre las manos, sino en conversar profundamente con cada elemento.

Pedro Ortega
Detalle de Retablo
Papel picado fino



Símbolos: la hermenéutica de la memoria

Los símbolos del arte popular no son mensajes encriptados que esperan ser descifrados. Son acontecimientos que ocurren en quien los mira y se activan en lo cotidiano. No dicen una sola cosa: abren preguntas. Un nahual, una sirena, un alebrije, un xoloitzcuintle, un ángel, un águila o una calavera no ilustran ideas preestablecidas; encarnan tensiones que la cultura ha ido depositando en ellos a lo largo del tiempo.

Su poder no está en un significado fijo, sino en su capacidad de convocar. Nos enfrentan a lo que no se deja

atrapar del todo, a lo que la razón no puede cerrar en una definición. En un mundo que tiende a explicarlo todo, los símbolos del arte popular sostienen un espacio para el misterio. Ahí, donde no hay respuestas únicas, pero sí resonancias compartidas, aparece la posibilidad de reconocernos en lo que no habíamos visto antes y de sentir que ahí había algo que ya sabíamos. Los símbolos no son propiedad de nadie: son un patrimonio común que cada creador actualiza con su propia voz y que solo vive cuando alguien se detiene a mirarlos.



Leonardo Linares
Alebrije "JaguarLibélula"
Cartonería

Legado: la temporalidad de la libertad

El legado del arte popular no se mide en objetos, sino en continuidad. No es lo que se hereda, sino lo que se continúa haciendo. Cada generación que toma un oficio recibe también la libertad de transformarlo, de decir el presente con las manos que aprenden del pasado. La transmisión no es repetición: es actualización. Quien aprende un oficio no recibe solo una técnica; recibe una manera de habitar el tiempo, una conciencia de que lo que se hace con las manos también se hace con la memoria.

El legado es fidelidad creadora. Ser fiel a un origen no consiste únicamente en repetirlo, sino en devolverlo al mundo con voz propia. Por eso el arte popular no es algo que se conserva: es algo que se vive. Y cuando se vive, se transforma; al transformarse, sigue nombrando el mundo. Su legado está en lo que sigue pasando: la certeza de que alguien, en algún taller, continuará preguntándose cómo decir el hoy con las manos heredadas.

Desde estas tres coordenadas, la técnica, los símbolos y el legado, se abre ahora el encuentro con las voces particulares de quienes dan cuerpo a esta publicación. Cada semblanza permite mirar de cerca una manera distinta de hacer, recordar y transformar.

Aquí se integran las ocho semblanzas de Ángel Santos, José Cruz Guillén, Leonardo Linares, Mónica Barajas, Ofelia Murrieta, Pedro Ortega, Remigio Mestas y René Martín Flores, procurando que cada una dialogue contigo que nos lees.



Semblanzas



Ángel Santos
"Luna"
Barro Bruñido

Ángel Santos

Convoca al barro bruñido y otras materias como superficies de pensamiento: la tradición se transforma en pregunta y en reflexión silenciosa.

Ángel Santos trabaja el barro bruñido como quien ordena un pensamiento sobre la superficie. Su obra se reconoce por diseños precisos y pinceladas contenidas que convierten la ornamentación en estructura y la forma en reflexión. El brillo oscuro del barro, la paciencia del pulido y la delicadeza del trazo revelan una mano que no busca imponerse, sino escuchar la materia. En sus piezas, la tradición se activa desde una mirada atenta, capaz de encontrar profundidad en el gesto mínimo.

Las figuras que emergen, animales, seres espirituales y motivos naturales, abren un campo de resonancias más que una narración cerrada. Sus líneas sostienen tensiones visuales donde las dualidades conviven y las fuerzas encuentran equilibrio. La potencia de su obra reside en la precisión técnica y en una imaginación sobria, capaz de hacer del barro una superficie de contemplación. Cada pieza parece guardar la memoria de un gesto anterior y, al mismo tiempo, abrir una posibilidad nueva para la materia. En sus manos, la materia no decora: concentra silencio, oficio y presencia.



José Cruz Guillén
Tíbor "Rombos en el Infinito"
Cristal grabado en pepita



José Cruz Guillén

Piensa en vidrio desde la transparencia: cada trazo queda expuesto y el movimiento se afirma a plena luz.

El vidrio no permite ocultamientos, y José Cruz Guillén convierte esa condición en una postura. Su trabajo parte de una técnica que exige pulso, decisión y confianza en cada movimiento. El gesto debe entrar limpio, sostenerse en la superficie y aceptar la luz como testigo. Cada trazo queda expuesto, sin margen para esconder el error, y esa exigencia vuelve visible una creatividad sostenida por precisión, atención y presencia.

Las imágenes que produce, águilas, emblemas, símbolos recurrentes y composiciones abstractas, aportan vitalidad y significado consciente al objeto. El vidrio se afirma como superficie de pensamiento y la transparencia como forma de honestidad. En su práctica, lo conocido aparece como un espacio de invención donde el color, el trazo y la destreza manual sostienen una presencia luminosa y directa. Cada pieza deja ver el instante de su decisión, como si el movimiento hubiera quedado suspendido en la luz.



Leonardo Linares
Alebríje "TigreDragón"
Cartonería



Leonardo Linares

Expande la cartonería hasta convertirla en presencia pública: lo imaginado toma el espacio colectivo y lo llena de color.

La cartonería, en manos de Leonardo Linares, se despliega como un arte que sale al encuentro del otro. Sus figuras no pertenecen al silencio del pedestal, sino al espacio compartido: la calle, la fiesta, el tránsito de la gente. La escala, el color encendido y la expresividad de sus criaturas producen una presencia inmediata, cercana al asombro. Allí, el volumen y el humor convierten la imaginación en presencia pública.

Su trabajo se mueve entre lo festivo y lo crítico con una energía propia. Alebrijes, calaveras, judas y criaturas efímeras incorporan lecturas sobre el presente, la muerte, el exceso o la celebración sin perder viveza. La tradición que sostiene su práctica es un espacio dinámico que se cuida y se transforma desde dentro. Sus figuras parecen existir en tránsito: entre la fiesta y la crítica, entre la risa y la aparición, entre el objeto y el acontecimiento. Entendida así, la cartonería se vuelve lenguaje activo, popular y vigente.



Mónica Barajas
"Xolitos Defeños"
Barro con engobes, bruñido y esgrafiado

Mónica Barajas

Sitúa el barro en el presente urbano: tradición, juego y territorio se entrelazan en cada pieza.

Mónica Barajas trabaja desde la ciudad y, en sus manos, el barro rojo se vuelve habitante ciudadano. Su cerámica articula memoria prehispánica, cultura popular y vida cotidiana desde una mirada lúdica y cercana. La expresividad de sus animales y personajes construye un universo reconocible, afectivo y lleno de pequeñas señales urbanas. El barro se convierte en un territorio donde distintos tiempos conviven sin jerarquías y donde lo simbólico encuentra una temperatura afectiva.

Sus figuras, xoloitzcuintles, ajolotes, personajes híbridos y Quetzalcóatl, funcionan como relatos de pertenencia, resistencia y afecto por el entorno. Su potencia creativa aparece en la manera de acercar lo mítico a lo cotidiano sin perder misterio. La narración simbólica de su trabajo se expresa tanto en la pieza como en la forma de compartir el oficio. Cada criatura parece venir de un cruce de tiempos: conserva una raíz antigua y, al mismo tiempo, respira en la ciudad. En su obra, lo urbano no borra la raíz: la vuelve próxima, juguetona y presente.



Ofelia Murrieta
"De Recuerdos y Jacarandas"
Técnica mixta, brotes de jacaranda, plata y amatista



Ofelia Murrieta

Entreteje metal, sonido y palabra: su obra devuelve densidad al símbolo que acompaña lo que no se dice.

En la obra de Ofelia Murrieta, la materia canta. Metal y palabra se entrelazan en un mismo gesto, y de esa unión surge una práctica que expande la noción de joya. Sus piezas acompañan el cuerpo o el espacio: son presencias pequeñas, cargadas de sentido, capaces de sostener algo íntimo; no dicho, pero presente. El brillo, la inscripción y la escala cercana construyen una forma de intimidad que se lleva puesta o se guarda como amuleto.

Los símbolos que atraviesan su trabajo, sirenas, ángeles, figuras sagradas y profanas, aparecen como lenguajes vivos que se transforman sin perder cohesión. Murrieta los trabaja con una imaginación precisa, atenta a su peso afectivo y ritual. En ese movimiento, el símbolo recupera su potencia original: no explica, protege; no ilustra, resuena. Sus piezas parecen activar una zona íntima entre palabra, cuerpo y amuleto, donde la materia guarda aquello que no siempre puede decirse. Su fuerza está en devolverle a la forma memoria, densidad y responsabilidad.



Pedro Ortega
"Maíz"
Retablo en Papel Picado Fino



Pedro Ortega

Sustrae en capas de papel la presencia del vacío: donde lo efímero aprende a durar y la ausencia se convierte en escena.

Pedro Ortega construye imágenes a partir de la ausencia y pide que se contemplen despacio. Su proceso parte de una lógica inversa: en lugar de añadir, sustrae. Capa tras capa de papel es cortada y recortada hasta que la figura aparece por la respiración del vacío. Las sombras que se forman entre los planos dan profundidad a una materia ligera y convierten el corte en atmósfera. El resultado conserva la delicadeza del material, pero también una intensidad contenida.

En sus obras, lo efímero no se oculta ni se disfraza de permanencia. El papel asume su condición transitoria y, desde ahí, propone una atención particular: mirar con cuidado, aceptar el tiempo del proceso y reconocer que el vacío también sostiene presencia. La sombra entre las capas no completa la imagen: la hace respirar. Entre la fiesta y el altar, su obra convierte una técnica popular en una reflexión silenciosa sobre aquello que persiste cuando la materia se ausenta.



René Martín Flores
Teponaztli "Chapulín"
Talla en fresno con incrustaciones



René Martín Flores

Talla instrumentos prehispánicos como puentes entre rito y presente: el sonido se vuelve forma y la ceremonia sigue latiendo.

En la talla de René Martín Flores, la madera no es materia inerte: es cuerpo sonoro. Sus instrumentos recuperan formas prehispánicas y, al mismo tiempo, construyen un lenguaje propio que surge del diálogo entre diseño, madera y resonancia. Cada pieza convoca una escucha distinta, donde el gesto de tallar devuelve voz y presencia a la materia.

La dimensión ritual atraviesa su obra sin convertirse en escenografía. Sonido, forma y textura se integran en piezas donde lo simbólico se experimenta antes de explicarse. La vitalidad de sus formas aparece en el color, el copal, la cera y en figuras como lagartijas con manos humanas, cuerpos híbridos donde lo animal y lo ritual se acercan al gesto, al tacto y a la posibilidad de transformación. Cada instrumento abre una zona de escucha donde el objeto deja de ser solo objeto y se vuelve vínculo. Su potencia creativa está en mantener abierta una relación con lo sagrado: cercana, material y todavía vibrante.



Remigio Mestas
Tejido en telar de cintura de San Juan Colzocón
Urdimbre en algodón egipcio, trama de seda y tintes naturales



Remigio Mestas

Entreteje memoria digna: el textil se vuelve identidad, una segunda piel.

Remigio Mestas sostiene el textil como un cuerpo de conocimiento. Su trabajo reúne investigación, escucha y acompañamiento para que cada pieza conserve la fuerza de la fibra, el tinte y el telar. En su universo, la urdimbre organiza memoria y la trama vincula territorio, técnica y comunidad; cada decisión material revela una forma de pertenecer al mundo. La caída de una tela, la profundidad de un color o la densidad de un tejido hablan de relaciones largas. Su potencia está en reconocer que el textil también piensa: desde el uso, el tacto y la continuidad de quienes lo hacen posible.

Algodones, lanas, sedas y tintes naturales sostienen una inteligencia antigua que Remigio activa desde su origen. Su labor acompaña a maestras y maestros hilanderos, tintoreros y tejedores, afirma el valor de sus procesos y entiende cada textil como una presencia viva: algo que se porta, se hereda, se ofrece al cuerpo y circula sin perder raíz. En esa persistencia, el oficio avanza con serenidad y precisión. La pieza circula como intercambio sensible, donde comunidad, autoría compartida y cosmovisión permanecen entrelazadas. Su hacer recuerda que una tela no termina en su forma: continúa en el uso y en la vida que vuelve a tocarla.

Estas páginas no pretenden cerrar nada. No buscan ser una respuesta, sino una puerta. Lo que hemos ofrecido aquí es apenas un gesto: una invitación a detenerse, a mirar con otros ojos y a dejarse habitar por lo que estas manos han sabido decir. Porque el arte popular mexicano no es un capítulo cerrado de la historia; es una constelación que sigue brillando y que solo vive cuando alguien se detiene a mirarla.

Si al cerrar estas páginas sientes que has conocido a alguien, entonces este cuaderno ha cumplido su propósito. Lo que está en juego, en el fondo, es que el arte popular mexicano siga siendo algo vivo: no un catálogo de formas inmutables, sino un territorio fértil donde la memoria, la mano, los materiales, los símbolos y la imaginación de quienes crean puedan encontrarse, transformarse y nombrar el mundo desde su propia verdad.

Pedro Ortega
"Árbol Genealógico"
Papel picado fino



Agradecimientos

Este cuaderno no habría sido posible sin la generosidad de quienes abrieron las puertas de sus talleres, compartieron sus historias y nos permitieron mirar de cerca lo que sus manos han sabido construir. A Ángel Santos, Leonardo Linares, José Cruz Guillén, Pedro Ortega, Ofelia Murrieta, Remigio Mestas, René Martín Flores y Mónica Barajas: gracias por su tiempo, su confianza y por recordarnos que el arte popular no es un relicario del pasado, sino una conversación que sigue abierta.

Y a ti, lector, gracias por detenerte. Porque el arte popular, como toda conversación verdadera, necesita de alguien que escuche. Que estas páginas sean el inicio de muchas otras miradas, de diálogos curiosos, de nuevas preguntas y de otras formas de nombrar el mundo.

Créditos

Textos - **Karla Castilla**

Diseño editorial - **Sebastián Salas**

René Martín Flores

Detalle de Huéhuatl "Alegoría de Música, Canto y Danza"

Talla en madera de fresno con aplicación de copal





José Cruz Guillén
Damajuana
Vidrio Grabado de pepita

Contacto

artepopularmx1@gmail.com